

MUJER - SUJETO CREADOR. MUJER - SER QUE DA VIDA

Raquel Villarreal

Después de largas y duras batallas a través de los siglos, hoy podemos afirmar que, al menos en Occidente, la mujer puede reclamar su ser de sujeto.

SUJETO (gram.): Sustantivo para indicar aquello de lo cual el verbo afirma algo.

SUJETO CREADOR: Ser que da vida a algo.

Sabemos que la mujer da vida, que conjuntamente con el hombre engendra para procrear y asegurar la supervivencia de la especie.

Es hoy universalmente aceptado que todo ser humano, por el hecho de serlo, tiene los mismos derechos. Sin embargo, en la vida diaria, las minorías, los ancianos, los niños y las mujeres, vemos constantemente menoscabados los nuestros.

En el caso de las mujeres, el fenómeno lo conocemos como machismo, que es una compleja valoración social reflejada en el diario vivir y en las relaciones interpersona-

les. Lo ejercemos todos: instituciones, hombres, mujeres y niños, y al hacerlo, todos perdemos.

El modo en que perdemos, la cuantía y profundidad de esa pérdida es, sin embargo, diferente para mujeres y hombres.

El modo socialmente válido, socialmente adecuado corresponde a la visión y valoración masculina del mundo.

Para sí, el hombre se reserva «lo importante», el funcionamiento racional, los objetivos, la capacidad de decisión, el ejercicio del poder, el estudio y la producción intelectual.

A la mujer se la valora como subjetiva, irracional y debe estar sujeta, sometida.

El hombre decide, la mujer ejecuta.

El hombre piensa, produce y «trabaja». La mujer está obligada a asumir las tareas desvalorizadas; las que no se consideran aun trabajo verdadero, las de la cotidianidad que permiten al hombre «trabajar»: las tareas domésticas, la atención a los hijos, los «pequeños detalles» de la casa, la comida y el ambiente adecuados para la familia.

El problema no es que estas tareas sean asumidas por la mujer, sino la valoración que socialmente tienen, la cual refleja lo poco que los aspectos humanos pesan en la concepción y vivencia de nuestra sociedad y, por lo tanto, lo difícil que es involucrar a los hombres en algo «tan poco importante».

Y digo «involucrar» porque es también tarea de la mujer lograr que los hombres se dispongan a compartir y luego a participar como iguales en estas áreas del actuar humano.

En todo caso, esta es una batalla fundamental, de inmensas repercusiones, pues permitiría a la mujer dispo-

ner de tiempo y energía para sí misma, abriéndole la posibilidad de un proyecto personal, lo que por supuesto implica grandes cambios sociales. Partiendo del concepto de persona humana, variará y enriquecerá irremediabilmente la vivencia y el concepto de familia, las relaciones interpersonales, sociales, laborales y económicas del todo social.

Sin embargo, para que esto sea una posibilidad real en el horizonte del siglo XXI, es necesario en primera instancia aportar para el mejoramiento de la autoestima de la mujer actual.

Es indispensable que logremos sentirnos seres humanos válidos y valiosos para luchar con posibilidades contra los complejos de culpa y de inferioridad ligados con nuestro género.

Voy ahora a lo particular, a mi vivencia individual de mujer creadora de la plástica y en relación con la academia en esta universidad, en este país, de frente a mi madurez y al año 2000.

He de confesar que he sido y soy muy feliz como mujer-artista, que la creación ha sido senda por la que voy caminando mi vida, la piedra de moler que voy desgastando para irme construyendo.

La obra del artista es siempre un autorretrato, no importa si sobre el lienzo hay un rostro, un paisaje o una naranja. De modo que si coloco cronológicamente mi obra, leo mi vida.

Al crear me descubro y descubro cosas, pequeñas verdades que me guían, que me ayudan a seguir viviendo y creando.

He descubierto que sobre el papel, lo que planteo son las interrogantes, las pequeñas o grandes cosas, no resueltas aún por mí; que al pintar, mediante la totalidad de mi ser realizo una profunda reflexión que es lo que constituye la obra.

Para realizar la obra comienzo diseñando, rayando sobre un papel; buscando, hurgando en mí para acercarme a una línea, una mancha, una dirección que es la que deseo.

Porque la creación es juego y placer. Por terrible que sea lo que se plasme sobre el papel, es un parto gozoso, un juego doloroso y placentero, una inquietud que nos embarga, nos lleva hasta rebasarnos y salirnos por los brazos, las manos, las piernas, el sexo y los pies. Cuando estamos pariendo una obra volamos con el tiempo, sudamos y sufrimos con la vida, percibimos lo infinito y lo imposible, nos entregamos en un coito inconmensurable.

Nos jugamos enteras sobre un papel, con el lápiz, la pluma, trapos, pinturas, esponjas, agua y fuego.

Ponemos, quitamos, nos alejamos y aproximamos, llevamos la pieza frente al espejo y mirándola, interrogándola e interrogándonos sorbemos un café para volver sobre ella con amor y exigencia las veces que sean necesarias.

A veces la criatura es difícil, no se da suavemente. Otras nos sorprende por su gentil concreción y siempre acaba sorpresivamente. De repente, al alejarnos y mirarla la valoramos concluida.

Debemos entonces darnos un tiempo, dejarla ahí puesta y no mirarla unos días, para que al volver a verla con una mirada ya más fría decidamos si está completa, la retomemos si algo le falta, la pongamos contra la pared o la lancemos al cesto de los papeles.

En cada pieza duramos horas, días o meses, siendo la creación un proceso constante en el que un paso sigue al otro. Algunas veces caminamos, otras corremos, pero siempre debemos dar el paso que corresponde para que al siguiente sea posible.

Y es que siempre sabemos cuál es el paso que debemos dar, aunque la obra no resulte. Porque no todas

las obras salen bien, el proceso de creación sí necesita de esas piezas-abortos para limpiarnos, para ajustarnos y crear síntesis.

Cuando seguimos nuestro llamado interior vamos creando como fluye un río, cuando somos artistas, que es como decir que somos verdaderas -porque el arte no acepta la mentira- vamos conquistando nuestra libertad.

La libertad, la plenitud del ser que se va construyendo es lo que obtenemos al precio de la entrega de nuestro tiempo, nuestra energía, nuestra vida que fluye con la vida.

Pero no creamos solas, dentro de una burbuja.

Esta maravillosa tarea es una especie de premio, de espacio y tiempo que le arrancamos a la vida.

Las mujeres nos vemos limitadas y mediatizadas por mil cosas: las tareas hogareñas y el trabajo, la maternidad y la ausencia de apoyos de la sociedad.

De las tareas hogareñas hablé ya; quiero abordar aquí la maternidad.

Comenzar a ser madre no es automático ni fácil.

Los cambios en nuestro cuerpo, nuestra mente y espíritu se dan con el enfrentamiento entre lo que hemos sido y lo que comenzamos a ser.

El tiempo, mucho o poco, de que disponíamos ya no existe. Debemos volver a estructurarlo, aprender a robar tiempo al tiempo para seguir creando.

Nuestra vivencia cambia, se profundiza, adquiere colores y matices diversos y ello al enriquecernos potencia nuestra obra.

Parimos a los hijos y nos parimos madres.

Tiempo y espacio, dos coordenadas indispensables para poder crear.

Hemos de pelear también por el espacio, el taller donde podamos dejar y retomar la obra en nuestro pequeño tiempo.

Conforme los hijos crecen, crece nuestra obligación y disminuyen nuestras posibilidades espacio-temporales para producir.

La batalla sigue y no podemos cansarnos, so pena de rendirnos, de claudicar.

Por ello quizás, hay pocas mujeres en la creación.

Generalmente el medio, el mundo, nos exige y no nos apoya.

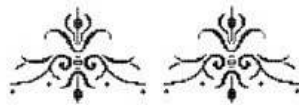
Para mantenernos profesionalmente frescas y abiertas, para tener información novedosa sobre planteamientos y propuestas, le robamos tiempo al sueño.

Los viajes, los encuentros con creadores de otras latitudes se nos dificultan por más de una razón: la casa, los hijos, el trabajo.

Y, sin embargo, todas estas luchas aumentan nuestra voluntad, potencian nuestro esfuerzo y aprendemos a ser estructuradas, eficientes y eficaces para poder seguir.

Y somos académicas en la universidad para apoyar la formación de otras y otros creadores, transmitiendo nuestra vivencia, aportando con nuestra experiencia y los conocimientos que vamos integrando a nuestro ser para seguir pariendo obras y vida.

Heredia, noviembre de 1995





Francisco Amighetti
Grabado
Costa Rica